

Esta es una pequeña muestra
del libro *La Predicación que Dios Bendice*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

La
PREDICACIÓN
QUE
DIOS
BENDICE

STEVEN J. LAWSON



Poiema Publicaciones
Medellín, Colombia

Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#PredicaciónBendecida

La predicación que Dios bendice

Steven J. Lawson

© Poiema Publicaciones, 2017

Traducido del libro *The Kind of Preaching God Blesses* © 2013
por Steven J. Lawson publicado por Harvest House Publishers.
Traducción por Elvis Castro.



Las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © Copyright 1999 por Biblica, Inc. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por la ley.

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

Categoría: Cristianismo - Religión, Homilética, Teología Práctica

ISBN: 978-1-944586-30-0

Impreso en Colombia

SDG

*Este libro está dedicado a mi cuñado,
quien ha sido una importante fuente de aliento
para mí por más de tres décadas:*

Drew Crowell

*cuya vida ha sido
un potente testigo del Señor Jesucristo,
y cuyo amor por la Escritura
y por el bienestar espiritual de los demás
ha sido usado poderosamente para el reino de Dios.*

CONTENIDO

La predicación que Dios bendice	9
<i>Prólogo por John MacArthur</i>	
La mayor necesidad del momento	13
<i>La prioridad de la predicación bíblica</i>	
1. Todo, excepto lo principal	21
<i>La pobreza de la predicación moderna</i>	
2. Hábil parloteo	33
<i>La prohibición de la predicación mundana</i>	
3. Un tema dominante	51
<i>La preeminencia de Cristo en la predicación</i>	
4. Fortaleza en la debilidad	65
<i>El poder del Espíritu en la predicación</i>	
5. Una sabiduría soberana	79
<i>La predestinación del Padre en la predicación</i>	
6. Órdenes de marchar	97
<i>El desfile de los predicadores fieles</i>	
Notas	107



Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias. Más bien, al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de Este crucificado. Estuve entre ustedes con tanta debilidad que temblaba yo de miedo. Ni mi palabra ni mi predicación se basaron en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en la demostración del Espíritu y del poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, entre los que han alcanzado la madurez sí hablamos con sabiduría, pero no con la sabiduría de este mundo ni la de sus gobernantes, los cuales perecen. Más bien hablamos de la sabiduría oculta y misteriosa de Dios, que desde hace mucho tiempo Dios había predestinado para nuestra gloria, sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Como está escrito: “Las cosas que ningún ojo vio, ni ningún oído escuchó, ni han penetrado en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman”.



Prólogo

LA PREDICACIÓN QUE DIOS BENDICE

John MacArthur



Para el predicador fiel, 2 Timoteo 4:2 se posiciona majestuosamente como una tierra santa. Este versículo es un valioso territorio para cada pastor que, siguiendo los pasos de Pablo, desea proclamar fielmente la Palabra de Dios. Solo en este versículo, el apóstol definió el mandato primordial para el ministerio de la iglesia que honra a Dios, no solo para Timoteo, sino para todos los que vinieran después de él. El ministro del evangelio está llamado a “predicar la Palabra”.

El expositor fiel comprende que la Escritura no es un libro del montón. El poder del púlpito descansa en la Palabra predicada, en tanto que el Espíritu usa Su espada para traspasar el corazón humano (Ef 6:17; Heb 4:12). Este libro sagrado está “inspirado por Dios”, o para usar el término más literal, exhalado por Dios. No solo es poderoso para salvar, sino también para santificar. En consecuencia, la tarea del pastor consiste en alimentar fielmente al rebaño con la leche pura de la Palabra (1P 2:1-3), confiando en que Dios dará el resultado del crecimiento.

Con una obra tan integral tanto de salvación como de santificación disponible mediante el poder de la Escritura, ¿por qué alguien iba a tentarse a predicar otra cosa? El pastor que se preocupa por el crecimiento

espiritual de su pueblo debe hacer de Dios y de Su Palabra el centro de su ministerio. Para lograr ese fin, debe predicar la Palabra.

Dios sigue entregando a hombres fieles Su mandato de predicar la Palabra, y con seguridad este sagrado encargo obliga a Steven Lawson, quien demuestra poderosa y apasionadamente su obediencia a esta comisión divina. En este libro Steven ofrece, como un ejemplo confirmado para esta y futuras generaciones de predicadores, un potente llamado al tipo de predicación que Dios bendice.

A Steven le apasiona la predicación bíblica. Él entiende que la gran necesidad de la iglesia de hoy es la cuidadosa exposición de la Biblia desde el púlpito. Su propio ministerio de predicación es ejemplar. Como fiel predicador durante muchos años ha sido ampliamente apreciado por el valor, la claridad y el cuidado con que aborda la Escritura.

Steven dice que, en nuestros días, la escasez de predicación bíblica ha dejado al movimiento evangélico débil, con hambre de verdad espiritual y poco protegido contra los ataques del enemigo. Estoy convencido de que él está en lo cierto.

Con gran precisión, como la de un hábil cirujano, Steven llega directamente al asunto central de la predicación en esta generación. Con rigurosa exactitud hace un correcto diagnóstico respecto al mal del púlpito que ataca a tantas iglesias hoy en día. Él concluye muy bien que, en efecto, no hay escasez de predicación. El problema más bien radica en el contenido desnutrido y la falta de poder en el púlpito evangélico.

Muy a menudo, los mensajes de hoy contienen todo, excepto lo principal. Carecen de la predicación de Cristo en toda Su gloria. En consecuencia, los púlpitos no tienen poder para salvar.

Trágicamente, este tipo de predicación vacía se ha vuelto una epidemia, y alcanza niveles pandémicos a través de las iglesias alrededor del mundo. La evidencia parece ser abrumadora. La predicación misma está en decadencia de una manera importante. Innumerables iglesias, incluidas

algunas de las más grandes y conocidas, han dejado el ministerio del púlpito en un segundo plano.

En vista de esto, Steven señala la tan necesaria cura. Si ha de ocurrir una reforma del púlpito y un nuevo avivamiento en la iglesia, solo ocurrirá a través de la predicación que glorifique a Dios, esté centrada en Cristo y sea potenciada por el Espíritu. Este, y solo este, es el tipo de predicación que Dios bendice: la predicación *biblica*.

Hay aquí un maravilloso antídoto para los predicadores confundidos con todo este moderno énfasis en el estilo más que en la sustancia. Steven nos lleva de vuelta a la Escritura, específicamente a 1 Corintios 2:1-9, para demostrar que la predicación *biblica* ha sido ordenada por Dios y ha sido ejemplificada por el apóstol Pablo. Esta predicación es desafiante y alentadora a la vez.

Estoy muy agradecido por ver este libro editado, y mi oración es que tenga un extenso impacto en pastores, líderes de la iglesia, los jóvenes futuros pastores y los hambrientos miembros de nuestros rebaños.

Que esta obra sea una espada en el arsenal del Espíritu Santo para capacitar y alentar a muchos hombres resueltos a alcanzar una fidelidad tan noble y una bendición tan prometida.

John MacArthur
Pastor-maestro
Grace Community Church
Sun Valley, California

Prefacio

LA MAYOR NECESIDAD DEL MOMENTO

La prioridad de la predicación bíblica



No todos los sermones son iguales. Algunos mensajes superan a otros en impacto e influencia. Ese tipo de mensajes hacen el énfasis apropiado, para el grupo apropiado, en el momento apropiado. Son mensajes oportunos que abordan de manera única una necesidad apremiante en una hora señalada. Este tipo de mensajes divinamente designado emerge desde la profunda convicción del predicador y se conecta con el corazón del oyente.

Que quede claro: este mensaje tiene éxito porque Dios hace que triunfe. Así como el viento, dice Jesús, sopla a donde y cuando le plazca, así también el Espíritu Santo se mueve soberana e irresistiblemente sobre la vida de las personas en tanto se predica la Palabra. Por Su suprema autoridad, Dios hace que un mensaje en particular cumpla con el propósito que pretende.

Este fue definitivamente el caso respecto a un sermón que prediqué recientemente en distintos lugares alrededor del mundo. Fue un sermón estratégicamente apto para el momento, un sermón inusualmente bendecido por Dios. Estos discursos constituyen el contenido esencial de este libro en forma extendida.

EL ORIGEN DE TODO

Conferencia Anual de Pastores del Instituto Bíblico Moody

La mañana del martes 24 de mayo de 2011 volé a Chicago, Illinois, a exponer en la Conferencia Anual de Pastores en el Instituto Bíblico Moody. Con un considerable grupo de pastores y diáconos cristianos presentes en el Auditorio Torrey-Gray, hice una exposición de 1 Corintios 2:1-9 titulada “La predicación que Dios bendice”.

En ese entonces, estaba predicando versículo por versículo a través del libro de 1 Corintios en la Iglesia Bautista Christ Fellowship en Mobile, Alabama. Al recordar cómo Dios había dado poder a mis mensajes a partir de estos versículos, comprimí mis notas en un sermón para esta ocasión especial. Con algunas ediciones, llevé este manuscrito a Chicago para esta conferencia estratégica.

Lo que sucedió ese día en el Instituto Bíblico Moody superó con creces mis expectativas. Cuando pasé al púlpito, el Espíritu Santo despertó mi mente y trajo a mi memoria lo que había escrito en mis notas. A medida que hablaba, el Espíritu profundizó mis convicciones y aumentó mi confianza en las verdades del pasaje. Además, enardecí mi corazón y encendió el fervor de mi pasión. Discerní que los pastores estaban especialmente atentos a la palabra que se predicaba. Por su respuesta positiva, quedaba claro que ese día el Señor había tocado un punto sensible en aquellos hombres.

Samara, Rusia

Al salir de Chicago, volé de inmediato al otro lado del mundo, a Samara, Rusia, donde debía predicar en el servicio de graduación del Centro de Formación Bíblica de Samara. Anteriormente, les había preguntado a los líderes de la escuela cuál sería el mensaje más apropiado para este encuentro. Tras proponer varias opciones, la respuesta arrolladora fue que debía

predicar el mismo mensaje que acababa de predicar en Chicago a partir de 1 Corintios 2:1-9, es decir, “La predicación que Dios bendice”.

Hablando por medio de un intérprete, una vez más declaré lo que Pablo identificó como “el testimonio de Dios”. Llevé el mismo mensaje, no para simplificar las exigencias de mi calendario de predicaciones, sino porque discerní que estas mismas verdades debían ser comunicadas a este grupo de pastores rusos. Al dirigirme a ellos cuando prediqué este sermón, sucedió lo mismo: no todas las predicaciones son iguales. Hay un tipo de predicación que Dios bendice, específicamente la proclamación que exalta al Cristo crucificado por el poder del Espíritu. A la inversa, hay un tipo de predicación que Dios no bendice, la cual es un mero eco de la hueca sabiduría humana carente de Cristo.

Con tantas influencias humanistas importadas a la anterior Unión Soviética que afectaron al ministerio, este mensaje era oportuno para la iglesia rusa. Aquellos pastores necesitaban urgentemente escuchar que esta verdad tronaba en sus oídos. En vista del intenso pragmatismo que invadía a la iglesia rusa, estos hombres tenían la imperiosa necesidad de que este mensaje resonara en sus corazones. Ellos, como todos nosotros, necesitaban que se les recordara que, aparte de Cristo, y Él crucificado, el predicador no tiene nada que decir. Estos pastores necesitaban oír que es el mensaje divino, no los artilugios evangélicos, lo que debería caracterizar singularmente sus ministerios de la predicación.

Conferencia de Pastores

Casi un año después, el 9 de marzo de 2012, tuve el privilegio de predicar en la Conferencia de Pastores de la Grace Community Church en Sun Valley, California, organizada por John MacArthur. Para esta ocasión se había reunido una enorme cantidad internacional de pastores y misioneros de todo Estados Unidos y de 48 países del mundo. No hay otra reunión de hombres de valor como esta en ningún lugar del mundo.

Mientras reflexionaba sobre qué debía predicar, recordé cómo Dios había bendecido la predicación de Su Palabra de 1 Corintios 2:1-9, primero en Mobile, luego en Chicago y finalmente en Samara. Al sentir la guía de Dios, revisé nuevamente mis notas de aquellas ocasiones y las llevé al púlpito para entregar el mismo mensaje: “La predicación que Dios bendice”. Una vez más, Dios me dio el poder para proclamar este pasaje, aunque con una fuerza que no era mía. Yo parecía nada más que un observador de mi propio sermón. Más tarde, debía reunirme con una editorial cristiana y con su editor para analizar un posible proyecto. Cuando nos sentamos a hablar en una oficina que pedimos en Grace Church, estaba emocionalmente agotado porque acababa de predicar este mensaje. De hecho, en lo personal sentía que había sido tristemente deficiente en mi presentación. No había entregado el mensaje como había esperado, y sentía que había fallado en mi labor de heraldo de la verdad divina.

Cuando me reuní con este equipo editor, me disculpé por mis pobres esfuerzos en el púlpito. Pero antes de que pudiera terminar de hablar, el editor me dijo abruptamente: “Me gustaría publicar este mensaje en un libro. Creo que cada ministro necesita escuchar este sermón”. No hace falta decir que quedé pasmado.

En ese mismo momento, entró John MacArthur a la pequeña oficina. Para mi asombro, él me estaba buscando. Se acercó a mí y también afirmó lo mismo, diciendo: “Eso fue exactamente lo que necesitábamos oír”. Yo me quedé sin palabras.

Sorprendido de que Dios me usara a pesar de mi enorme debilidad, me di cuenta de que este mensaje en particular había tocado un punto sensible en el cuerpo de Cristo. Lo único que podía hacer era subirme a esta ola de la Providencia e ir adonde quisiera llevarme, pues estaba totalmente fuera de mi control.

Conferencia Nacional Ligonier

En el tiempo perfecto de Dios, debía predicar la semana siguiente, el 17 de marzo, en la Conferencia Nacional de Ligonier Ministries de 2012 en Orlando, Florida, con R. C. Sproul. El tema de esta conferencia era “La mente cristiana”, y meses antes el equipo de Ligonier me había asignado la predicación “Locura para los gentiles”. Me pidieron que en este mensaje abordara lo incomprensible que es el evangelio para la mente no regenerada.

En vista de esta asignación específica, sentí que no tenía más opción que predicar este mismo texto. Por quinta vez, expuse este mismo pasaje de 1 Corintios, solo que esta vez abordé el contexto mayor de 1 Corintios 1:18 – 2:5. Mientras predicaba este pasaje, el Espíritu me condujo una vez más, como si me hubiera llevado sobre alas de águila.

En cada ocasión, desde Mobile a Chicago, a Samara, a Los Ángeles y luego a Orlando, Dios bendijo singularmente la predicación de Su Palabra. El libro que ahora tienes en tus manos es un registro integrado de lo que expuse en estas cinco predicaciones asignadas, junto con algunas adiciones posteriores. Mi oración es que conforme leas este libro la bendición de Dios acompañe estas mismas verdades a medida que avanzan en el poder de Su Espíritu.

SEGÚN EL ESTADO DEL PÚLPITO

Dios conoce la urgencia con la que los predicadores de hoy deben regresar a lo que se expone en este distintivo texto acerca de la predicación. Según el estado del púlpito, así es el estado de la iglesia. Esto nunca ha sido más cierto de lo que es el día de hoy. Ninguna iglesia puede elevarse más alto que su púlpito. La vida espiritual de cualquier congregación y su crecimiento en la gracia jamás excederán el punto máximo que marque su púlpito.

Este libro va acompañado por la oración de que la soberana Cabeza de la iglesia, el Señor Jesucristo, levante una nueva generación de predicadores que exalten a Dios, estén centrados en Cristo y sean energizados por el Espíritu. Que sean fieles y fervientes anunciadores de Cristo, y de Él crucificado, que prediquen en el poder del Espíritu Santo. Tal predicación sigue siendo la necesidad más apremiante del momento.

EXPRESIÓN DE GRATITUD

Antes de comenzar, quiero agradecer al equipo de publicación de Harvest House, que escuchó la predicación de este mensaje en la Conferencia de Pastores y comenzó el proceso de publicación de sus verdades. Estoy agradecido con Bob Hawkins, el publicador, y Steve Miller, mi editor, por su visión para este proyecto.

Debo agradecer a la Iglesia Bautista Christ Fellowship de Mobile, Alabama, a quienes tuve el privilegio y el placer de servir como pastor principal. Ellos han recibido con entusiasmo mi predicación de 1 Corintios, un libro al que, admitámoslo, cuesta someterse. Esta epístola paulina, si bien conduce a una gran bendición, es en realidad una palmada espiritual en respuesta a lo que estaba ocurriendo en la iglesia de Corinto. El material de este libro tiene su origen en esta serie expositiva en la iglesia Christ Fellowship.

También agradezco el apoyo de mis compañeros ancianos de la Iglesia Bautista Christ Fellowship, quienes me alientan en mi ministerio extendido al extranjero. Quiero expresar mi especial gratitud a mi asistente ejecutiva, Kay Allen, quien escribió todo este documento, y a Keith Phillips, un pastor compañero en Christ Fellowship, quien colaboró en la preparación de este manuscrito.

Finalmente, debo reconocer a mi familia por proveerme mucho aliento en mi vida personal y en el ministerio de la predicación: mi esposa Anne, y nuestros cuatro hijos Andrew, James, Grace Anne y John, están a mi lado para sostenerme.

Soli Deo gloria

Steven J. Lawson

Christ Fellowship Baptist Church

Mobile, Alabama

TODO, EXCEPTO LO PRINCIPAL

La pobreza de la predicación moderna



En el mundo de hoy no hay escasez de predicación. El vasto número de iglesias alrededor del planeta es prueba de esto. En muchos lugares hay un templo en cada esquina, y en cada iglesia hay un púlpito, y en cada púlpito hay predicación.

Pero lo cierto es que no toda predicación es igual. Está la predicación que Dios bendice, y está la que Dios abandona. Está la predicación que goza del favor del cielo, y está la que es un mero ejercicio de retórica vacía. Entre ambos tipos hay una diferencia abismal.

Lo que debemos recuperar a toda costa en nuestro tiempo no es solo *más* predicación. Más bien, lo que necesitamos con urgencia es más predicación *de cierto tipo*. El problema de hoy no es la carencia de predicación. No, la cuestión radica en la absoluta pobreza de gran parte de lo que hoy se considera predicación.

El púlpito carece terriblemente de algo. Esta carencia en la predicación no es otra cosa que una hambruna actual por oír las palabras del Señor. Vivimos en un tiempo en donde la proclamación del Cristo crucificado, dotada de poder por el Espíritu, escasea. No hay nubes a la vista ni se pronostican lluvias. Por desgracia, en la Biblia del púlpito promedio hay tanto polvo como para escribir *Icabod* (*sin gloria*, ver 1S 4:22) sobre ella.

LA MÁS DIABÓLICA ESTRATEGIA

Donald Barnhouse, pastor de la Décima Iglesia Presbiteriana de Filadelfia, Pennsylvania, años atrás predicó un mensaje que se transmitió por la emisora radial CBS. En esta charla que llegó a todo el país, el notable maestro de Biblia especuló acerca de cuál sería la más diabólica estrategia que Satanás podría tramar contra la iglesia en los años siguientes.

Para el asombro de muchos oyentes, Barnhouse imaginó que todos los bares de Filadelfia serían cerrados. Ya no habría prostitutas en las calles. Ya no habría pornografía disponible. Las calles estarían limpias, y todos los barrios de la ciudad estarían llenos de ciudadanos sujetos a la ley. Se acabarían las groserías y los insultos. Los niños dirían respetuosamente “sí, señor” y “no, señora”. Cada iglesia de la ciudad estaría llena de gente. No habría ningún asiento disponible en las iglesias para otro ciudadano. “¿Qué podría tener eso de malo?”, podemos preguntar. Barnhouse dio entonces el golpe definitivo. El peligro más diabólico, dijo él, sería que en cada uno de estos templos *jamás* se predicara a Jesucristo.

En estos púlpitos, habría mucha plática religiosa, pero nada se diría acerca de la suprema autoridad y la obra salvadora de Cristo sobre la cruz. Se haría mención de la moralidad, pero no de Cristo. Habría expresiones de preocupación cultural y comentarios políticos, pero nada de Cristo. Habría pensamiento positivo e historias inspiradoras, pero nada de Cristo. Estarían los adornos externos del cristianismo, pero no habría ninguna realidad interna de Cristo.

El complot más diabólico de Satanás sería que las iglesias estuvieran atestadas de gente, pero no hubiera proclamación de Cristo, y de Él crucificado. Con este silencio mortal, las personas nunca aprenderían de Cristo. En consecuencia, nunca podrían conocerlo ni seguirlo.

Lo que Barnhouse temía se ha vuelto en gran medida una realidad en nuestros días. En innumerables iglesias en Estados Unidos y en el mundo

hay mucha predicación. Pero la verdad es que hay poca proclamación de Cristo. Hay mucha retórica vacía, pero poca realidad del Salvador sufriente. Estas iglesias predicán de todo, excepto del propio Cristo. Trágicamente, demasiadas iglesias y púlpitos lo tienen todo, *excepto* lo principal.

UN CRISTIANISMO SIN CRISTO

Michael Horton aborda esta creciente crisis y ha escrito un libro alarmante, *Christless Christianity* [*Cristianismo sin Cristo*], que hace hincapié en este mismo punto. En esta estimulante obra, Horton observa con dolor que las iglesias se han vuelto más y más como el mundo a medida que sus púlpitos se han despojado cada vez más de Cristo. Lamentablemente, la iglesia ha sido apesada por las mortales influencias de discursos mundanos tales como el vulgar pragmatismo, la autosuficiencia, el pensamiento positivo y otras cosas por el estilo.

Obsesión con el pragmatismo

Horton escribe: “La iglesia de hoy en Estados Unidos está tan obsesionada con ser práctica, relevante, exitosa y aun amigable que es un reflejo del mundo mismo. Aparte del envoltorio, no hay nada que no se pueda encontrar en la mayoría de estas iglesias que no podría satisfacerse por medio de diversos programas seculares y grupos de autoayuda”.¹ A esta forma de religión él la llama cristianismo sin Cristo.

Horton explica además: “Al parecer el enfoque sigue estando en nosotros y en nuestra actividad más que en Dios y en Su obra en Jesucristo”.² En ese sentido, Jesús es un entrenador con una buena estrategia para alcanzar nuestra victoria, en lugar de un Salvador que ya la ha alcanzado por nosotros. La salvación es más lograr una vida óptima ahora que ser salvados del juicio de Dios por Dios mismo. ¿Te suena familiar?

En suma, Barnhouse y Horton advierten sobre un cristianismo sin Cristo. Barnhouse temía que semejante evangelio alternativo se estuviera aproximando. Horton, lamentablemente, asevera que ya ha llegado.

Desalojo de Cristo

En la actualidad, la predicación desprovista de la persona y la obra de Cristo es demasiado común. Tales palabras inertes son una trampa en la que han caído muchos púlpitos. En esta trampa mortal el Señor Jesús es minimizado, si no es que está totalmente ausente. En vez de darle el lugar central de preeminencia, Jesús queda rebajado a la periferia. En lugar de estar en primer plano, Cristo queda relegado en las sombras.

En muchos púlpitos, hay una cautivadora comunicación que capta la atención del oyente. Hay un pensamiento lógico con una coherente fluidez. Hay un elaborado esquema, una introducción llamativa y una excelente exégesis. Hay fascinantes ilustraciones y aplicaciones relevantes. Hay perspicaces observaciones y perfectas referencias cruzadas. Hay hasta una conclusión dramática.

Pero si el sermón no logra exaltar y ensalzar a Cristo, ha errado el blanco. Tal predicación lo tiene todo, excepto lo necesario: la persona de Jesucristo, presentada por el poder del Espíritu. Sin duda, puede que se mencione el nombre de Cristo, pero solo por cortesía. Incluso puede que este tipo de discurso sea enérgico, emocionante y entusiasta. Pero si le falta Cristo, es solo un címbalo retumbante. La triste realidad es que estos púlpitos estériles no tienen el poder para salvar ni la capacidad de santificar.

LA REFORMA DEL PÚLPITO MODERNO

Lo que se debe recuperar hoy en día la predicación que Dios bendice. En cada púlpito, se debe presentar a Dios como más que un mero maestro

infalible y ejemplo moral. Cristo es ambas cosas, sin duda. Pero es mucho más. Los púlpitos deben estar muy concentrados al enlazar la humanidad sin pecado, la deidad soberana y los propósitos salvíficos del Señor Jesucristo. De lo contrario, lo que provenga de los púlpitos no será predicación, sino una simple charla religiosa deslucida.

Proclamación de la supremacía de Cristo

El problema con muchos sermones de hoy no está en lo que dicen, sino en lo que *no* dicen. Muchos púlpitos mencionan a Cristo, pero solo como un “gurú” que está dispuesto a ser nuestro “mentor” en el juego de la vida. Demasiados predicadores representan a Cristo como el conocido genio de la lámpara que espera nuestra llamada, nos concede todos nuestros deseos y está dispuesto a reparar todos nuestros problemas temporales.

Sin embargo, los predicadores deben magnificar incansablemente el señorío sin par de Jesucristo y la obra redentora que Él realizó sobre la cruz. Todos los púlpitos deben declarar con pasión que Cristo es el eterno Hijo del Dios viviente, el único Salvador de los pecadores. Toda predicación debe anunciarlo con valentía como el Señor que gobierna cielo y tierra. Se le debe anunciar osadamente como Aquel ante quien toda rodilla se doblará y a quien toda lengua confesará. Toda predicación debe afirmar que *este* Jesús es el Juez último de cada vida humana.

Para cumplir este sagrado deber, cada predicador debe proclamar todo el consejo de Dios. Debe dar a conocer cada doctrina de la Escritura. Debe enseñar cada verdad. Debe exponer cada pecado. Debe hacer todas las advertencias. Y debe ofrecer cada promesa.

Si Dios ha de bendecir nuestra predicación, debemos exponer la suprema majestad de Jesucristo mismo en nuestros sermones. Todas las líneas de nuestra predicación deben encontrarse en el máximo pináculo: Jesucristo, y Él crucificado.

Recuperación del fundamento

Desde el mensaje divino de la Escritura emerge hacia lo alto el prominente edificio del Monte Calvario. En la cima de este pico elevado se alza la cruz del Señor Jesucristo, cuya sombra cubre la Biblia entera. El tema central de toda la Biblia es Jesucristo, el Redentor de todos los que lo invocan.

Todo el Antiguo Testamento anuncia la venida de Cristo a la tierra a redimir y a reinar. Y es así que los Evangelios describen Su primera llegada. Acto seguido, el libro de Hechos registra la proclamación de Su muerte, resurrección y exaltación. Sobre esto, las epístolas definen quién es Jesús y defienden lo que Él consiguió en Su vida y Su muerte. Y finalmente, el libro de Apocalipsis declara que Jesús viene otra vez en esplendor y gloria. En breves palabras, Jesucristo crucificado es el tema que unifica toda la Escritura.

Este fundamento *debe* ser reclamado en nuestra predicación. Cualquier otro sustento es una pendiente resbaladiza que inevitablemente desciende a una vana retórica y en palabrerías. Por el contrario, cada púlpito debe presentar una elevada visión de la singular persona y la obra salvífica de Jesucristo. Toda predicación debe apuntar a Su muerte sustitutiva que cargó con el pecado de los pecadores. Toda exposición debe ensalzar a este Cordero Sacrificial que se convirtió en el Sustituto que cargó con el pecado de todos los que creen. Cada mensaje debe exaltar a este Cristo que fue levantado de los muertos, exaltado a la derecha de Dios el Padre, e investido de toda autoridad en el cielo y en la tierra.

Este debe ser el latido de corazón que ha de palpitar en cada púlpito. Esta debe ser el potente pulso que caracteriza a cada ministerio. Si los predicadores han de ser conocidos por algo, debe ser por predicar al Señor Jesucristo, y a Él crucificado.

MANUAL BÁSICO DE PREDICACIÓN

Es por este motivo que me atraen las palabras que escribió el apóstol Pablo en 1 Corintios 2:1-9. Estos profundos versículos son un texto estratégico que nos cuentan acerca de la naturaleza de la verdadera predicación. En muchos sentidos, este pasaje se posiciona como un texto definitivo sobre predicación bíblica. Habla con agudeza sobre la prioridad de la predicación centrada en el evangelio y llena de gracia. La necesidad de recuperar este tipo de predicación, tal como se describe en estos versos, es apremiante en nuestros días. Veamos lo que dijo Pablo:

Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias. Más bien, al estar entre ustedes me propuse no saber de ninguna otra cosa, sino de Jesucristo, y de Este crucificado. Estuve entre ustedes con tanta debilidad, que temblaba yo de miedo. Ni mi palabra ni mi predicación se basaron en palabras persuasivas de sabiduría humana, sino en la demostración del Espíritu y del poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Sin embargo, entre los que han alcanzado la madurez sí hablamos con sabiduría, pero no con la sabiduría de este mundo ni la de sus gobernantes, los cuales perecen. Más bien hablamos de la sabiduría oculta y misteriosa de Dios, que desde hace mucho tiempo Dios había predestinado para nuestra gloria, sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Como está escrito: “Las cosas que ningún ojo vio, ni ningún oído escuchó, ni han penetrado en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman” (1Co 2:1-9).

Un viaje a Corinto

Este pasaje vital señala al momento cuando Pablo vino por primera vez a la ciudad de Corinto, durante su segundo viaje misionero. Fue en el año 50 después de Cristo que el apóstol llegó a esta ciudad altamente culturizada, la cual estaba ubicada entre los mares Egeo y Adriático. Como un poderoso centro de comercio, Corinto era una próspera ciudad portuaria orgullosa por poseer lo mejor de la cultura griega. Esta metrópolis contaba con un famoso teatro al aire libre que podía recibir a veinte mil personas. Aquí se congregaron para presentarse algunos de los más renombrados actores, dramaturgos y oradores de la antigüedad. Los sofisticados corintios estaban acostumbrados a los más esmerados comunicadores del mundo antiguo.

Antes de venir a Corinto, Pablo había predicado en otras ciudades griegas, tales como Tesalónica, Berea y Atenas. En cada uno de estos lugares el apóstol había sido recibido con un marcado rechazo. Cuando Pablo finalmente llegó a Corinto, estaba física y emocionalmente cansado tras haber recibido varios portazos en la cara. El desgaste en su cuerpo había sido grande, ni hablar del desgaste de su espíritu.

En consecuencia, Pablo fácilmente podría haberse visto tentado a replantearse su enfoque al ministerio. Si alguna vez hubo un momento para cambiar de estrategia, sin duda era este. Si el apóstol hubiera estado impulsado por el pragmatismo, habría concluido que necesitaba probar algo nuevo. Quizá debía hacer una pequeña mezcla e intentar ser más relevante. Quizá debía adoptar los métodos comprobados de los filósofos griegos a fin de captar la atención en Corinto. Quizá debía tomar algo del manual de aquellos filósofos para ganarse a la multitud. Quizá debía emplear el estilo del discurso altamente esmerado de ellos a fin de plantar allí una iglesia.

Si el apóstol Pablo iba a continuar con su actual enfoque en la predicación, ¿cómo iba a causar siquiera un rasguño en el mercado de Corinto? ¿Debía recurrir a una estrategia distinta? ¿Debía quitarle énfasis a Cristo?

¿Debía adoptar un enfoque alternativo, algo distinto a la predicación, con el fin de alcanzar esta ciudad pagana? ¿Debía tratar de ser agradable en su discurso para poder alcanzar la mente ilustrada de la gente?

Cómo vino Pablo

Esto no queda en suspenso. La Biblia registra el enfoque de Pablo para divulgar el evangelio en Corinto al decir: “Todos los días de reposo debatía en la sinagoga y lograba persuadir a judíos y a griegos. Cuando Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, Pablo estaba totalmente dedicado a la predicación de la palabra, y les probaba a los judíos que Jesús era el Cristo” (Hch 18:4-5). A pesar de los reiterados rechazos que había sufrido anteriormente, la estrategia de Pablo para alcanzar a Corinto permaneció idéntica. El apóstol mantuvo el mismo enfoque que había usado en otras ciudades. Llegó proclamando a Cristo crucificado, y lo hacía en el poder del Espíritu Santo.

Una predicación que exaltaba a Cristo y estaba centrada en el evangelio estaba por dar sus frutos. El líder de la sinagoga, Crispo, se convirtió firmemente bajo el ministerio de Pablo (Hch 18:8). Asimismo, muchos otros corintios llegaron a conocer a Jesús. Tan poderosa era la recepción del evangelio allí que el apóstol se quedó dieciocho meses, un periodo inusualmente largo para su calendario de viaje tan acelerado. En esta ciudad pagana, ahora se había establecido una cabeza de playa para desde ahí proclamar la verdad. Había nacido una iglesia, por así decirlo, en las puertas del infierno. La predicación directa de Pablo del Cristo crucificado fue poderosamente usada por Dios.

Pero tras la partida de Pablo de Corinto, la devoción de estos nuevos creyentes a Cristo se enfrió. Su fervor menguó. Aunque estaban genuinamente convertidos, estos discípulos retornaron a su deseo de estilos más sofisticados de oratoria pública. Con este retorno vino un retroceso a su anterior obsesión por la sabiduría mundana.

En el año 55 después de Cristo, Pablo escribió 1 Corintios para confrontar a estas personas acerca de su recaída espiritual. Al comienzo de esta epístola, les recordó la manera directa en que les había predicado el evangelio. Afirma: “Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias” (1Co 2:1). Eso significa que, cuando estaba allí, Pablo no trató de igualar su ingenio al de los grandes argumentadores griegos. Él no puso en juego su mensaje con el fin de acomodarse al gusto cultural de ellos. Tampoco condescendió con la sabiduría convencional de sus mentes griegas. Se negó fuertemente a condescender con ellos a fin de ganarlos.

En lugar de ello, Pablo no modificó la esencia de su mensaje ni un poquito. Tampoco acomodó el estilo de su discurso. El apóstol vino a Corinto como iba a cualquier lugar: predicando a Cristo crucificado. La totalidad de su ministerio se podría condensar en esta breve declaración: “Proclamamos a Cristo, y a Este crucificado” (ver 1Co 2:2). En resumen, la esencia de su mensaje era la persona y la obra de Jesucristo.

UN MODELO ATEMPORAL PARA HOY

Cada expositor fiel debe seguir este mismo modelo apostólico. Ningún predicador, independientemente de dónde sirva, es libre de reinventar la predicación. Si los púlpitos han de conocer la bendición divina, los que se paran detrás de ellos deben seguir este ejemplo atemporal de proclamar a Cristo, y a Él crucificado. Dios honrará a quien honre Su Palabra.

No importa cuál sea la audiencia

Ya sea que uno ministre en una gran ciudad o en un pequeño pueblo; ya sea que uno esté tratando de alcanzar a la élite cultural o a los anal-fabetos e indoctos; ya sea que uno esté involucrado en un ministerio de

estudiantes o de adultos mayores; ya sea que uno lidere un ministerio de adultos solteros o imparta clases a jóvenes casados; en cualquiera de estos casos, Cristo crucificado debe ser el mensaje dominante. Con voz de trompeta para que todos escuchen, Jesucristo debe ser la nota que resuena en la predicación.

Esta verdad fundacional de Cristo, y Él crucificado, debe estar grabada en el alma de cada predicador. Esto es lo que Dios exige de cada hombre al que Él llama a proclamar Su Palabra. El tema predominante en la predicación debe ser la persona y la obra de Cristo.

Pregunto: ¿este mensaje cristocéntrico describe tu predicación? ¿Eres conocido por proclamar a Cristo, y a Él crucificado? ¿Se resume tu ministerio en esta declaración concisa: predicamos a Cristo, y a Él crucificado?

La preeminencia y centralidad de Jesucristo deben ser una verdad en cada púlpito.

Un camino directo a la cruz

Un gran predicador que proclamó a Cristo crucificado con inigualable éxito fue el ministro británico del siglo diecinueve Charles Haddon Spurgeon. Este “Príncipe de los Predicadores” creía que Cristo debe ser el centro de atención de cada sermón. Cualquiera que fuera su pasaje, Spurgeon anunciaba: “Yo tomo mi texto y me voy directo a la cruz”.³ En otras palabras, cada vez que se paraba en el púlpito, era persistente en fijar firmemente la atención en Cristo, y en Él crucificado.

Un sermón sin Cristo, insistía Spurgeon, es un sermón sin gracia. Tal sermón, afirmaba él, no tiene ninguna buena noticia que anunciar:

Un sermón sin Cristo es una cosa horrible, espantosa. Es un pozo vacío; una nube sin lluvia; un árbol dos veces muerto, arrancado de raíz. Es algo abominable dar a los hombres piedras en lugar de pan y escorpiones en lugar de huevos, pero es lo que hacen los que no

predican a Jesús. ¡Un sermón sin Cristo es como hablar de un pedazo de pan sin nada de harina! ¿Cómo podría alimentar el alma? Los hombres mueren y perecen porque Cristo no está presente.⁴

La predicación que Dios honra

En palabras simples, Dios el Padre honra la predicación que honra a Su Hijo. Si nuestra proclamación se aleja de su glorioso foco, la bendición de Dios se alejará de ella. Dios abandonará la predicación que abandone a Cristo.

Por lo tanto, comprometámonos a predicar a Cristo, y a Él crucificado. Mientras estamos en nuestro púlpito, jamás perdamos de vista la cruz. Prediquemos siempre como si estuviéramos bajo la sombra del Calvario. Cristo crucificado debe permanecer como la materia central de todo lo que decimos.

Lo principal es mantener lo principal como lo principal; y eso sencillamente es predicar a Cristo.

HÁBIL PARLOTEO

La prohibición de la predicación mundana

Así que, hermanos, cuando fui a ustedes para anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con palabras elocuentes ni sabias (1 Corintios 2:1).



Aun nivel alarmante, una cantidad cada vez mayor de predicación por estos días solo puede describirse como un “hábil parloteo”. En otras palabras, hoy en día el predicador tiene poco que decir, pero, lamentablemente, lo dice muy bien.

Este tipo de predicación superficial condesciende con el oyente y reemplaza la exposición con entretenimiento. Sustituye la teología por el teatro. Suplanta la sana doctrina con la sana entretención. En este lamentable trueque, el drama de la redención da lugar a un simple melodrama. Semejante predicación intrascendente ha convertido muchos púlpitos en un escenario de fin de semana para actores de poca monta disfrazados de predicadores.

Lo que se hace pasar por predicación en muchos púlpitos de hoy son poco más que sermoncillos para cristianillos. Sin duda el lector sabrá exactamente a qué tipo de sermón me refiero: 20 minutos de charla motivacional llena de clichés superficiales, consejos de autoayuda y eslóganes de calcomanías.

Peor que sus huecos discursos es su doctrina superficial. Ese tipo de presentaciones son terapéuticas, pero rara vez teológicas. Son entretenidas, pero no cautivantes; sagaces, pero no transformadoras. Su mensaje

Esperamos que hayas disfrutado de esta muestra del libro *La Predicación que Dios Bendice*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2017 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!